

LAS chimeneas, con sus enhiestos penachos de humo, son el exponente más visible de la actitud industrial de su país.

Las chimeneas gozan de un contradictorio concepto apreciativo. Por un lado, al verlas expulsar a la atmósfera esas inmensas cantidades de humos, se piensa en la febril actividad de las industrias que los producen y, automáticamente, se asocia esa idea con la de un nivel de prosperidad de la zona en que se ubican. Por otro lado, la cruz de la moneda es el pensamiento irremediable del daño que esos humos, con sus contenidos en partículas y gases químicos, causarán a la flora y fauna que habita en sus alrededores.

Parece inevitable que la gente asocie «chimenea» y «contaminación». Pero los técnicos debemos ser más rigurosos. Vamos a romper una lanza en favor de las chimeneas.

Hay que recordar, en primer lugar, que las chimeneas «no producen» los humos sino que los lanzan a la atmósfera. Y al elevar su estructura en un verdadero desafío a las leyes de la gravedad, consiguen difundir estos humos contaminantes a una amplia zona atmosférica, reduciendo sus niveles de inmisión por debajo de límites perfectamente tolerables por el medio ambiente.

He aquí el por qué del gran protagonismo que, en los últimos años, han adquirido las chimeneas industriales.

Este número monográfico se dedica a las grandes chimeneas, de las que en España hay más de una docena por encima de los 200 metros de altura, amén de otras dos que sobrepasan los 340 metros. Con él rendimos también un pequeño homenaje al mundillo técnico de los expertos españoles en la materia, a quienes INFORMES saluda desde estas páginas.